

los mayores gritos del mundo. Fueron á ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio de ellos con los caballos, y echaron infinitos al agua, y á los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel día. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres días que ninguno dejó de pelear; partióse al cuarto, y fué á Culuacán, que está dos leguas; saliéronle al camino los de Xochmilco, mas él los castigó. Estaba Culuacán despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; mas porque pensaba poner por allí cerco á Méjico, que hay legua y media de calzada, se estuvo dos días derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real, y donde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida; dió vista á Méjico con doscientos españoles y cinco de caballo; combatió una albarrada, y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas hiriéronle muchos españoles. Tornóse, con tanto, para Tezcuco, porque ya había dado vuelta á la laguna y visto la disposición de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y de otra parte; pero lo dicho es lo principal.

De la zanja que Cortés hizo para echar los bergantines  
al agua

Cuando Cortés á Tezcuco llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos á seguirle en aquella guerra, que con grandísima fama comenzaba; los cuales habían traído muchas armas y caballos, y decían cómo todos los otros que en las islas estaban, morían por venir á servirle, mas que Diego Velázquez lo impedía á muchos. Cortés les hacía

todo placer, y les daba de lo que tenía. Venían asimismo de muchos pueblos á ofrecerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que á mejicanos tenían; y de esta manera tenía Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia de indios. El capitán de Segura de la Frontera envió á Cortés una carta que había recibido de un español; la cual en suma contenía:

«Nobles señores, dos ó tres veces os he escrito, y no he habido respuesta; creo ni de esta la tendré. Los de Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; han-nos acometido, hémoslos vencido; esta provincia desea ver á Cortés y dársele; tiene necesidad de españoles; enviadle treinta.»

No le envió Cortés los treinta españoles que pedía, porque luego quería poner cerco á Méjico; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verían. Era aquel español uno de los que Cortés enviara á Chinanta desde Méjico un año había, á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y hacer granjerías; á quien el señor de aquella provincia hiciera capitán contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo, desde que Motezuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo de este español; el cual, como supo que había españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dió sino esta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan á Dios de las mercedes que les hacía; no hablaban sino en cómo habían escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de Méjico por fuerza, habían matado indios á todos los otros que en granjerías y minas estaban. Apresuraba Cortés el cerco, forneciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreando vituallas; dió muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar á la laguna. Era la zanja larga cuanto media legua, ancha doce pies y

más, y dos estados honda donde menos; que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ancho para caber los bergantines. Iba toda ella chapada de estacas, y encima su valladar. Guióse por una acequia de regadío que los indios tenían; tardóse en hacer cincuenta días; hicieronla cuatrocientos mil hombres, que cada día de estos cincuenta, trabajaban en ella ocho mil indios de Tezcuco y su tierra; obra digna de memoria. Los bergantines se calafatearon con estopa y algodón, y á falta de sebo y saín aceite, que pez ya dije cómo la hicieron, los brearon, según algunos, con saín de hombre; no que para esto los matasen, sino de los que en tiempo de guerra mataran; inhumana cosa y ajena de españoles. Indios, que acostumbrados de sus sacrificios, son crueles, abrían el cuerpo muerto y le sacaban el saín. Como los bergantines estuviéron en agua, hizo Cortés alarde, y halló novecientos españoles, los ochenta y seis con caballos, los ciento y diez y ocho con ballestas y escopetas, y los demás con picas y rodela ó alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traía. También llevaban algunos coseletes, y muchos corazas y jacos. Halló asimismo tres tiros gruesos de hierro colado, y quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y muchas pelotas. Tanta fué la gente, armas y munición de España con que Cortés cercó á Méjico, el más grande y fuerte lugar de las Indias y Nuevo-Mundo. Puso en cada bergantín un tirillo, y los otros fueron para el ejército. Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y díjoles, mostrando con el dedo los bergantines que estaban en la zanja metidos:

«Hermanos y compañeros míos, ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabéis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto allí; muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á Méjico está en ellos; porque con ellos, ó quemaremos presto todas las barcas

de la ciudad, ó las acorralaremos allá dentro en las calles; con lo cual haremos tanto daño á los enemigos, cuanto con el ejército de tierra; ca menos pueden vivir sin ellas que sin comer; cien mil amigos tengo para sitiar á Méjico, que son, según ya conocéis, los más diestros y valientes hombres de estas partes; para que no vos falte la comida está proveído cumplidísimamente. Lo que á vosotros toca es pelear como soléis, y rogar á Dios por salud y victoria, pues es suya la guerra.»

#### El ejército de Cortés para cercar á Méjico

Hizo luego al siguiente día mensajeros á las provincias de Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla, Chalco y otros pueblos, para que todos viniesen dentro de diez días á Tezcuco con sus armas y los otros aparejos necesarios al cerco de Méjico, pues los bergantines eran acabados ya, y estaba todo lo al á punto, y los españoles tan ganosos de verse sobre aquella ciudad, que no esperaban una hora más de aquel tiempo que de plazo les daba. Ellos, porque no se pusiese el cerco en su ausencia, vinieron luego como les fué mandado, y entraron por ordenanza más de sesenta mil hombres, la más lucida y armada gente que podía ser, según el uso de aquellas partes. Cortés les salió á ver y recibir, y los aposentó muy bien. El segundo día de pascua de Espíritu Santo salieron todos los españoles á la plaza, y Cortés hizo tres capitanes como maestros de campo, entre los cuales repartió todo el ejército. Á Pedro de Albarado, que fué uno, dió treinta de caballo, ciento y setenta peones, dos tiros de artillería y más de treinta mil indios, con los cuales pusiese real en Tlacopán. Dió á Cris-

tóbal de Olid, que era el otro capitán, treinta y tres españoles á caballo, ciento y ochenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil indios, con que estuviere en Culucán. Á Gonzalo de Sandoval, que fué el otro maestre de campo, dió veintitrés caballos, ciento y sesenta peones, dos tiros y más de cuarenta mil hombres de Chalco, Chololla, Huexocinco y otras partes, con que fuese á destruir á Itzacpalapán, y luego á tomar asiento do mejor le parecía para real. En cada bergantín puso un tiro, seis escopetas ó ballestas, y veintitrés españoles, hombres casi los más diestros en mar. Nombró capitanes y veedores de ellos, y él quiso ser el general de la flota; de lo cual algunos principales de su compañía que iban por tierra, murmuraron, pensando que corrían ellos mayor peligro; y así, le requirieron que se fué con el ejército, y no en la armada.

No curó Cortés de tal requerimiento; porque, allende de ser más peligroso pelear por agua, convenía poner mayor cuidado en los bergantines y batalla naval, que no habían visto, que en la de tierra, pues se habían hallado en muchas; y así, se partieron Albarado y Cristóbal de Olid á 10 de Mayo, y fueron á dormir á Acolmán, donde tuvieron entrambos gran diferencia sobre el aposento; y si Cortés no enviara luego aquella noche una persona que los apaciguó, hubiera mucho escándalo y aun muertes. Durmieron el otro día en Xilotepec, que estaba despoblada. Al tercero entraron bien temprano en Tlacopán, que también estaba, como todos los pueblos de la costa de la laguna, desierto. Aposentáronse en las casas del señor, y los de Tlaxcallán dieron vista á Méjico por la calzada, y pelearon con los enemigos hasta que la noche los despartió. Otro día, que se contaron 13 de Mayo, fué Cristóbal de Olid á Chapultepec, quebró los caños de la fuente y quitó el agua á Méjico, como Cortés se lo mandara, á pesar de los contrarios que reciamente se lo defendían peleando por agua y tierra. Muy gran daño recibieron en quitarles esta fuente, que, como en otro lugar dije, abastecía la ciudad. Pe-

dro de Albarado entendió en adobar los malos pasos para caballos, aderezando puentes y tapando acequias; y como había mucho que hacer en esto, gastaron allí tres días, y como peleaban con muchos, quedaron heridos algunos españoles y muertos hartos indios amigos, aunque ganaron ciertos puentes y albarradas. Quedóse Albarado allí en Tlacopán con su guarnición, y Cristóbal de Olid fué á Culucán con la suya, conforme á la instrucción que de Cortés llevaban. Hiciéronse fuertes en las casas de los señores de aquellas ciudades, y cada día, ó escaramuzaban con los enemigos, ó se juntaban á correr el campo y á traer á sus reales centli, fruta y otras provisiones de los pueblos de la sierra, y en esto pasaron toda una semana.

#### La batalla y victoria de los bergantines contra los acalles

El rey Cuahutimoc, luego que supo cómo Cortés tenía ya sus bergantines en agua y tan gran ejército para sitiarse á Méjico, juntó los señores y capitanes de su reino á tratar del remedio. Unos le incitaban á la guerra, confiados en la mucha gente y fortaleza de la ciudad; otros, que deseaban la salud y bien público, y que fueron de parecer que no sacrificasen los españoles cautivos, sino que los guardasen para hacer las amistades, aconsejaban la paz. Otros dijeron que preguntasen á los dioses lo qué querían. El rey, que se inclinaba más á la paz que á la guerra, dijo que habría su acuerdo y plática con sus ídolos, y les avisaría de lo qué consultase con ellos; y á la verdad él quisiera tomar algún buen asiento con Cortés, temiendo lo que después le vino; empero, como vió los suyos tan determinados, sacrificó cuatro españoles que aún tenían vivos y

enjaulados á los dioses de la guerra, y cuatro mil personas, según dicen algunos: yo bien creo que fueron muchas, mas no tantas. Habló con el diablo en figura de Vitcilopuchtli; el cual le dijo que no temiese á los españoles, pues eran pocos, ni á los otros que con ellos venían, por cuanto no perseverarían en el cerco; y que saliese á ellos y los esperase sin miedo alguno; ca él ayudaría y mataría sus enemigos. Con esta palabra que del diablo tuvo, mandó Cuahutimocén quitar luego los puentes, hacer baluartes, velar la ciudad y armar cinco mil barcas, y con esta determinación y aparejo estaba, cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Albarado á combatir los puentes y á quitar el agua á Méjico; y no los temía mucho, antes los amenazaban de la ciudad, diciendo que contentarían los dioses con su sacrificio, y hartarían con la sangre las culebras, y con la carne los tigres, que ya estaban cebados con cristianos. Decían también á los de Tlaxcallán: «¡Ah cornudos, ah esclavos, oh traidores á vuestros dioses y rey: no vos queréis arrepentir de lo que hacéis contra vuestros señores; pues aquí moriréis mala muerte; ca ó vos matará la hambre ó nuestros cuchillos; ó vos prenderemos y comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo; en señal y voto de lo cual os arrojamos allá esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos; y después iremos á vuestra tierra, asolaremos vuestras casas, y no dejaremos casta de vuestro linaje.» Los tlaxcaltecas burlaban mucho de tales fieros, y respondían que les valdría más darse que resistir á Cortés, pelear que bravear, callar que injuriar á otros mejores; y si querían algo, que saliesen al campo; y que tuviesen por muy cierto ser llegado el fin de sus bellaquerías y señorío, y aun de sus vidas. Era mucho de ver estas y semejantes hablas y desafíos que pasaban entre los unos indios y los otros. Cortés, que tenía aviso de esto y de lo que más cada día pasaba, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpala-

pán, y él embarcóse para ir también allá. Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, con temor ó por meterse en Méjico, á salirse por otra y á recogerse á las barcas. Entraron los nuestros y pusieronle fuego. Llegó Cortés á la sazón á un peñol grande, fuerte, metido en agua, y con mucha gente de Culúa, que en viendo venir los bergantines á la vela hizo ahumadas; y que en teniéndolos cerca les dió grita y les tiró muchas flechas y piedras. Saltó Cortés en él con hasta ciento y cincuenta compañeros; combatiólo, ganóle las albarradas, que para mejor defensa tenían hechas. Subió á lo alto, pero con mucha dificultad, y peleó arriba de tal suerte, que no dejó hombre á vida, excepto mujeres y niños. Fué una muy hermosa victoria, aunque fueron heridos veinticinco españoles, por la matanza que hubo, por el espanto que á los enemigos puso y por la fortaleza del lugar. Ya en esto había tantos humos y fuegos al rededor de la laguna y por la sierra, que parecía arderse todo. Y los de Méjico, entendiendo que los bergantines venían, salieron en sus barcas, y ciertos caballeros tomaron quinientas de las mejores, y adelantáronse para pelear con ellos, pensando vencer, y si no, tentar á lo menos qué cosa eran navíos de tanta fama. Cortés se embarcó con el despojo, y mandó á los suyos estar quedos y juntos, por mejor resistir, y porque los contrarios pensasen que de miedo, para que sin orden ni concierto acometiesen y se perdiesen. Los de las quinientas barcas caminaron á mucha priesa; mas repararon á tiro de arcabuz de los bergantines á esperar la flota; que les pareció no dar batalla con tan pocas y cansadas. Llegáronse poco á poco tantas canoas, que henchían la laguna. Daban tantas voces, hacían tanto ruido con atabales, caracoles y otras bocinas, que no se entendían unos á otros; y decían tantas villanías y amenazas, como dicho habían á los otros españoles y tlaxcaltecas. Estando pues así, cada cual armada con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y á tiempo, que

pareció milagro. Cortés entonces, alabando á Dios, dijo á los capitanes que arremetiesen juntos y á una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en Méjico, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria, y que mirasen cuánto les iba en que la primera vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo á los bergantines del primer encuentro. En diciendo esto embistieron en las canoas, que con el tiempo contrario ya comenzaban de huir. Con el ímpetu que llevaban, á unas quebraban, á otras echaban á fondo; y á los que alzaban y se defendían, mataban. No hallaron tanta resistencia como al principio pensaban; y así, las desbarataron presto. Siguiéronlas dos leguas, y acorraláronlas dentro la ciudad. Prendieron algunos señores, muchos caballeros y otra gente. No se pudo saber cuántos fueron los muertos, mas de que la laguna parecía de sangre. Fué señalada victoria, y estuvo en ella la llave de aquella guerra, porque los nuestros quedaron señores de la laguna, y los enemigos con gran miedo y pérdida. No se perdieran así, sino por ser tantas, que se estorbaban unas á otras; ni tan presto, sino por el tiempo. Albarado y Cristóbal de Olid, como vieron la rota, estrago y alcance que Cortés hacía con los bergantines en las barcas, entraron por la calzada con sus haces. Combatieron y tomaron ciertos puentes y albarradas, por más recio que se defendían; y con el favor de los bergantines que les llegó corrieron los enemigos una legua, haciéndolos saltar en la laguna á la otra parte, que no había fustas. Tornáronse con esto, mas Cortés pasó adelante; y como no parecían canoas, saltó en la calzada que va de Iztacpalapán, con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas de cal y canto, á do le recibió Mofezuma. Ganólas, aunque con harto peligro y trabajo; ca los que dentro estaban eran muchos y las defendían bien. Hizo luego sacar tres tiros para ojear los enemigos, que cubrían la calzada y estaban muy reacios y recios de echar. Tiraron una vez, é hicieron mucho daño; mas como

se quemó la pólvora por descuido del artillero, y por ya la puesta del sol, cesaron de pelear los unos y los otros. Cortés, aunque otra cosa tenía pensada y acordada con sus capitanes, se quedó allí aquella noche. Envió luego por pólvora al real de Gonzalo de Sandoval, y por cincuenta peones de su guarda, y por la mitad de la gente de Culhuacán.

#### Cómo puso Cortés cerco á Méjico

Estuvo Cortés aquella noche á tan gran peligro como temor, porque no tenía más de cien compañeros, ca los otros en los bergantines eran menester, y porque hacia la media noche cargaron sobre él mucha cantidad de enemigos en barcas y por la calzada, con terrible grita y flechería; pero más fué el ruido que las nueces, aunque fué novedad, porque no acostumbran pelear á tal hora. Dicen algunos que por el daño que recibían con los tiros de los bergantines se volvieron; á la que amanecía llegaron á Cortés ocho de caballo, y hasta ochenta peones de los de Cristóbal de Olid, y los de Méjico comenzaron luego á combatir las torres por agua y tierra, con tantos gritos y alaridos como suelen; salió Cortés á ellos, corriólos la calzada adelante, y ganóles un puente con su baluarte, y hizoles tanto daño con los tiros y caballos, que los encerró y siguió hasta las primeras casas de la ciudad; y porque recibía daño y le herían muchos desde las canoas, rompió un pedazo de la calzada por junto á su real para que pasasen cuatro bergantines de la otra parte; los cuales, á pocas arremetidas, acorralaron las canoas á las casas, y así quedó señor de ambas lagunas. Otro día partió Gonzalo de

Sandoval de Iztacpalapán para Culucacán, y de camino tomó y destruyó una pequeña ciudad que está en la laguna, porque salieron á pelear con él. Cortés le envió dos bergantines para que por ellos, como por puente, pasase el ojo de la calzada, que habian rompido los enemigos; dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y fuése para Cortés con diez de caballo; hallóle revuelto con los de Méjico, apeóse á pelear, y atravesáronle un pie con una vara. Otros muchos españoles quedaron aquel día heridos, mas bien se lo pagaron sus enemigos; ca de tal manera los trataron, que de allí adelante mostraban más miedo y menos orgullo que solian. Con lo que hasta aquí habia hecho, pudo Cortés muy á su placer asentar y ordenar su gente y real en los lugares que mejor le pareció, y proveerse de pan y de otras muchas cosas necesarias; tardó en ellos seis días, que ninguno pasó sin escaramuza, y los bergantines hallaron canales para navegar al rededor de la ciudad, que fué cosa muy provechosa; entraron muy adentro de Méjico, y quemaron muchas casas por los arrabales. Cercóse Méjico por cuatro partes, aunque al principio se determinó por tres; Cortés estuvo entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas. Pedro de Albarado en Tlacopán, Cristóbal de Olid en Culucacán, y Gonzalo de Sandoval creó que en Xaltoca, porque Albarado y otros dijeron que por aquel cabo se saldrían los de Méjico viéndose en aprieto, si no guardaban una calzadilla que iba por allí. No le pesara á Cortés dejar salida al enemigo, en especial de lugar tan fuerte, sino porque no se aprovechase de la tierra, metiendo por allí pan, armas y gente; ca pensaba él aprovecharse mejor de los contrarios en tierra que en agua, y en cualquiera otro pueblo que no en aquel, y porque dicen: «A tu enemigo, si huye, hazle la puente de plata.»

#### La primera escaramuza dentro en Méjico

Quiso Cortés un día entrar en Méjico por la calzada y ganar cuanto pudiese de la ciudad, y ver qué animo ponían los vecinos; mandó decir á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval que cada uno acometiese por su estancia, y á Cristóbal de Olid que le enviase ciertos peones y algunos de caballo, y que con los demás guardase la entrada de la calzada de Culucacán de los de Xochmilco, Culucacán, Iztacpalapán, Vitcilopuchtli, Mexicalcínco, Cuitlabac, y otras ciudades allí al rededor, aliadas y sujetas; no le entrasen por detrás; mandó asimismo que los bergantines fuesen á raíz de la calzada, haciéndole espaldas por entrambos lados. Salió pues de su real muy de mañana con más de doscientos españoles y hasta ochenta mil amigos, y á poco trecho halló los enemigos bien armados y puestos en defensa de lo que tenían quebrado de la calzada, que sería cuanto una lanza en largo y otra en hondo. Peleó con ellos, y defendiéronse muy gran pieza detrás de un baluarte; al fin les ganó aquello y los siguió hasta la entrada de la ciudad, donde habia una torre, y al pie de ella una puente muy grande alzada, con muy buena albarrada; por debajo de la cual corría gran cantidad de agua. Era tan fuerte de combatir y tan temeroso de pasar, que la vista sola espantaba, y tiraban tantas piedras y flechas, que no dejaban llegar á los nuestros; todavía lo combatió, y como hizo llegar junto los bergantines por la una parte y por la otra, lo ganó con menor trabajo y peligro que pensaba; lo cual fuera imposible sin ayuda de ellos; como los contrarios comenzaron á dejar la albarrada, saltaron en tierra los de los bergantines, y luego pasó por

ellos y á nado el ejército. Los de Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla y Tezcuco cegaron con piedra y adobes aquella puente. Los españoles pasaron adelante y ganaron otra albarrada que estaba en la principal y más ancha calle de la ciudad; y como no tenía agua, pasaron fácilmente, y siguieron los enemigos hasta otra puente, la cual estaba alzada y no tenía más de una sola viga; los contrarios, no pudiendo pasar todos por ella, pasaron por el agua á más andar, por ponerse en salvo. Quitaron la viga y pusieron á la defensa; llegaron los maestros y estancaron, como no podían pasar sin echarse al agua, lo cual era muy peligroso sin tener bergantines; y como desde la calle y baluarte, y de las azoteas peleaban con mucho corazón y les hacían daño, hizo Cortés asestar dos tiros á la calle, y que tirasen á menudo las ballestas y escopetas. Recibían con esto mucho daño los de la ciudad, y aflojaban algo de la valentía que al principio tenían; los nuestros lo conocieron, y arrojáronse ciertos españoles al agua, y pasáronla; como los enemigos vieron que pasaban, desampararon las azoteas y la albarrada, que habían defendido dos horas, y huyeron. Pasó el ejército, y luego hizo Cortés á sus indios cegar aquella puente con los materiales de la albarrada y con otras cosas; los españoles con algunos amigos prosiguieron el alcance, y á dos tiros de ballesta hallaron otra puente, pero sin albarrada, que estaba junto á una de las principales plazas de la ciudad; asentaron allí un tiro con que hacían mucho mal á los de la plaza; no osaban entrar dentro, por los muchos que en ellas había; mas al cabo, como no tenían agua que pasar, determinaron de entrar; viendo los enemigos la determinación puesta en obra, vuelven las espaldas, y cada uno echó por su parte, aunque los más fueron al templo mayor; los españoles y sus amigos corrieron en pos de ellos. Entraron dentro, y á pocas vueltas los lanzaron fuera, que con el miedo no sabían de sí. Subieron á las torres, derribaron muchos ídolos, y anduvieron un rato por el patio. Cuahutimoc reprendió mucho á

los suyos porque así huyeron; ellos tornaron en sí, reconocieron su cobardía; y como no había caballos, revolvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el circuito del templo, y les hicieron huir gentilmente. Cortés y otros capitanes los detuvieron y les hicieron hacer rostro debajo los portales del patio, diciendo cuánta vergüenza les era huir. Mas en fin, no pudieron esperar viendo el peligro y aprieto en que estaban, ca los aquejaban reciamente. Retiráronse á la plaza, donde quisieran rehacerse: mas también fueron echados de allí; desampararon el tiro que poco antes dije, no pudiendo sufrir la furia y fuerza del enemigo. Llegaron á esta sazón tres de caballo, y entraron por la plaza alanceando indios; como los vecinos viesan caballos, comenzaron á huir y los nuestros á cobrar ánimo, y á revolver sobre ellos con tanto ímpetu, que les tornaron á ganar el templo grande, y cinco españoles subieron las gradas y entraron en las capillas, y mataron diez ó doce mejicanos que se hacían fuertes allí, y tornáronse á salir. Vinieron luego otros seis de caballo, juntáronse con los tres, y ordenaron todos una celada, en que mataron más de treinta mejicanos: Cortés entonces, como era tarde y estaban los suyos cansados, hizo señal de recoger. Cargó tanta multitud de contrarios á la retirada, que si por los de caballo no fuera, peligraran hartos españoles, porque arremetían como perros rabiosos sin temor ninguno, y los caballos no aprovecharan si Cortés no tuviera aviso de allanar los malos pasos de la calle y calzada. Todos huyeron y pelearon muy bien; que la guerra lo lleva. Los nuestros quemaron algunas casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrasen no recibiesen tanto daño con piedras, que de las azoteas les tiraban. Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado pelearon muy bien por sus cuarteles.

## El daño y fuego de casas

Andaba en este tiempo don Fernando de Tezcuco por su tierra visitando y atrayendo sus vasallos al servicio y amistad de Cortés, que para esto se quedó; y con su maña, ó porque á los españoles les iba prósperamente, atrajo casi toda la provincia de Culuacán, que señorea Tezcuco, y seis ó siete hermanos suyos, que más no pudo, aunque tenía más de ciento, según después se dirá; y á uno de ellos que llamaban Iztlixuchilh, mancebo esforzado y de hasta veinticuatro años, hizo capitán, y envióle al cerco con obra de cincuenta mil combatientes muy bien aderezados y armados. Cortés lo recibió alegremente, agradeciéndole su voluntad y obra. Tomó para su real treinta mil de ellos, y repartió los otros por las guarniciones. Mucho sintieron en Méjico este socorro y favor que don Fernando enviaba á Cortés, porque lo quitaba á ellos, y porque venían allí parientes y hermanos, y aun padres de muchos que dentro de la ciudad estaban con Cuahutimoccin. Dos días después que Iztlixuchilh llegó, vinieron los de Xochmilco y ciertos serranos de la lengua que llaman otomitlh, á darse á Cortés, rogando que les perdonase la tardanza, y ofreciendo gente y vitualla para el cerco. Él holgó mucho con su venida y ofrecimiento, porque siendo aquellos sus amigos, estaban seguros los del real de Culuacán. Trató muy bien los embajadores, dijoles cómo dende á tres días quería combatir la ciudad; por tanto, que todos viniesen para entonces con armas, y que en aquello conocería si eran sus amigos; y así los despidió. Ellos prometieron de venir y cumplieronlo. Envió tras esto tres bergantines á Sandoval y otros tres á Pedro de Albarado, para estorbar que los de Méjico no

se aprovechasen de la tierra, metiendo en canoas agua, frutas, centli y otras vituallas por aquella parte, y para hacer espaldas y socorrer á los españoles todas las veces que entrasen por la calzada á combatir la ciudad; ca él tenía muy bien conocido de cuánto provecho eran aquellos navios estando cerca de los puentes. Los capitanes de ellos corrían noche y día toda la costa y pueblos de la laguna por allí; hacían grandes saltos, tomaban muchas barcas á los enemigos, cargadas de gente y mantenimiento, y no dejaban á ninguna entrar ni salir. El día que aplazó los enemigos al combate oyó Cortés misa, informó los capitanes de lo que habían de hacer, y salió de su real con veinte caballos y trescientos españoles, y gran muchedumbre de amigos, y dos ó tres piezas de artillería. Encontró luego con los enemigos, que, como en tres ó cuatro días atrás no habían tenido combates, habían abierto muy á su placer lo que los nuestros cegaron, y hecho mejores baluartes que primero, y estaban esperando con los alaridos acostumbrados. Mas como vieron bergantines por la una parte y por la otra de la calzada, aflojaron la defensa. Conocieron luego los nuestros el daño que hacían: saltan de los bergantines en tierra y ganan el albarrada y puente; pasó luego el ejército, y dió en pos de los enemigos, los cuales á poco trecho se guarecieron en otra puente. Mas presto, aunque con harto trabajo, se la ganaron los nuestros, y los siguieron hasta otra; y así, peleando de puente en puente, los echaron de la calzada y de la calle, y aun de la plaza. Cortés anduvo con hasta diez mil indios, cegando con adobes, piedra y madera todos los caños de agua, y allanando los malos pasos; y fué tanto de hacer, que se ocuparon en ello todos aquellos diez mil indios hasta hora de visperas. Los españoles y amigos escaramuzaron todo este tiempo con los de la ciudad, de los cuales mataron muchos en las celadas que les echaron. También anduvieron un rato por las calles que no tenían agua ni puentes los de caballo alanceando ciudadanos, y de esta

manera los tuvieron cerrados en las casas y templos. Era cosa notable lo que nuestros indios hacían y decían aquel día á los de la ciudad: unas veces los desafiaban, otras los convidaban á cena, mostrándoles piernas y brazos y otros pedazos de hombres, y decían: «Esta carne es de la vuestra, y esta noche la cenaremos y mañana la almorzaremos, y después vendremos por más: por eso no huyáis, que sois valientes, y más os vale morir peleando que de hambre;» y luego tras esto apellidaron cada uno su ciudad y ponían fuego á las casas. Mucho pesar tomaban mejicanos de verse así afligidos por españoles; empero mas les pesaba en verse ultrajar de sus vasallos, y en oír á sus puertas, victoria, victoria, Tlaxcallán, Chalco, Tezcuco, Xochmilco y otros pueblos así; ca del comer carne no hacían caso, porque también ellos se comían los que mataban. Cortés viendo los de Méjico tan endurecidos y porfiados en defenderse ó morir, coligió dos cosas: una, que habria poca ó ninguna de las riquezas que en vida de Motezuma vió y tuvo; otra, que le daban ocasión y le forzaban á los destruir totalmente. De entrambas le pesaba, pero más de la postrera, y pensaba qué forma tendria por atemorizarlos y hacerles venir en conocimiento de su yerro y del mal que podían recibir; y por eso derribó muchas torres y quemó los ídolos; quemó asimismo las casas grandes en que la otra vez posó, y la casa de las aves, que cerca estaba. No había español, mayormente de los que antes las vieron, que no sintiese pena de ver arder tan magníficos edificios; mas porque á los ciudadanos les pesaba mucho, los dejaron quemar. Y nunca mejicanos ni hombre de aquella tierra pensó que fuerza humana, cuanto más de aquellos pocos españoles, bastara entrar en Méjico á su pesar, y poner fuego á lo principal de la ciudad. Entre tanto que ardía el fuego recogió Cortés su gente y volvióse para su real. Los enemigos quisieran remediar aquella quema, mas no pudieron; y como vieron ir á los contrarios, diéronles grandísima carga y grita, y mataron algunos que, de car-

gados con el despojo, iban rezagados. Los de caballo, que podían muy bien correr por la calle y calzada, los detenían á lanzadas; y así, antes que anocheciese estaban los nuestros en su fuerte y los enemigos en sus casas, los unos tristes y los otros cansados. Mucha fué la matanza de este día, pero más fué la quema que de casas se hizo; porque sin las ya dichas, quemaron otras muchas los bergantines por las calles donde entraron. También entraron por su parte los otros capitanes; mas como era solamente para divertir los enemigos, no hay mucho que contar.

#### La diligencia de Cuahutimoc y de Cortés

Otro día siguiente muy de mañana, y después de haber oído misa, tornó Cortés á la ciudad con la misma gente y orden, porque los contrarios no tuviesen lugar de limpiar las puentes ni hacer baluartes. Mas por bien que madrugó, fué tarde, ca no se durmieron en la ciudad; sino luego que tuvieron fuera al enemigo tomaron palas y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacían albarradas; y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban, y hartos perecían en la obra, del sueño y hambre que, sobre cansados, pasaban. Mas no podían al hacer, porque Cuahutimoc andaba presente. Cortés combatió dos puentes con sus albarradas; y aunque fueron recias de tomar, las ganó. Duró el combate de ellas de las ocho á la una después de mediodía; y como había grandísimo calor y mucho trabajo, padecieron infinito. Gastóse toda la pólvora y pelotas de las escopetas, y todas las saetas y almacén que los ballesteros llevaban. Harto tuvieron que hacer en ganar y cegar estas dos puentes aquel día. Al retirar reci-

bieron algún daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venían tan ciegos y engolosinados, que no advertían á las celadas que les ponían de los de caballo, en las cuales morían muchos, y los delanteros, que debían ser más esforzados, y aun con todo este daño, no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Albarado ganó también este día dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda de los tres bergantines, y mató hartos enemigos.

Algunos españoles culpaban á Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello había eran grandes, porque cada día tenía un mismo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez las puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban puente; y unos no sabían nadar, otros no osaban, y otros no querían, porque los enemigos no les dejaban salir, á cuchilladas y botes de lanza; y así, se tornaban heridos ó se ahogaban. Otros decían que ya que no pasaba el real adelante, debía sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase. Mas él, aunque muy bien conocía esto, no lo quería hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real á la plaza, que les podían cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del día y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdía; pues sustentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el día, no podían pelear la noche; la otra, que si las encomendaba á indios era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de que se podría seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen corazón de sus españoles, que cayendo ó levantando habían de hacer como él, seguía su parecer, y no el ajeno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Méjico  
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cómo tuvo Cortés doscientos mil hombres sobre Méjico

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles, ó tan enemigos de mejicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra á los de Iztacpalapán, Mexicalcingo, Cluitlauac, Vitcilopuchtli, Culuacán y otros lugares de la laguna Dulce, que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca después que sitió á Méjico le habían enojado. Á esta causa, y por ver que españoles llevaban de vencida á los mejicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés, y á rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen más daño. Él los recibió en su amparo, y les dijo que no les sería hecho más mal; y que nunca de ellos tuvo enojo, sino de los de Méjico, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada, les hacía saber cómo no levantaría el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra. Por eso, que les rogaba le ayudasen con acalles, pues tenían muchos, y con la más gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenían, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre á torre, donde era el real, que muy á placer cabían en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servían; que los demás en Culuacán dormían siempre, que no estaba más de legua y media. También proveyeron estos el real de algún pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que entonces había en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y